



Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10A

Vital Azà, Caricatura de CILLA



Su talento y su estatura regañaron una tarde, y para que el duelo fuera en condiciones iguales, los padrinos obligaron al talento a arrodillarse.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Distracciones, por Tomás Luceño.—Curándome en salud..., por Luis Bonafoux.—Aritmética conyugal, por José de Laserna.—Recibos Talonarios, por Eduardo de Palacio.—Paliq, por Clavin.—Éxito... á medias, por Félix Limendoux.—La escena de la carta, por Nicolás de Leyva.—Soneto, por Francisco Capella.—Robert Delétang.—Certamen de MADRID CÓMICO.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Vital Aza y el tenor Constantino, caricaturas de Cilla.—En el tranvía y Mamá política, por Sancha.—En el Retiro, por Leal da Camara.—En Fornos, por Robert Deletang.—Turibio, y Pómelo en cuenta, por Santana.



DE TODO UN POCO

Continúa reinando la perturbación en todas las esferas.

Hace tiempo, veníamos notando que los barrenderos estaban muy tristes y lo achacábamos á que con aquellos sombreros no puede haber felicidad posible, pero ahora resulta que lo que hacían era preparar una huelga.

Una huelga de barrenderos. ¡Horror!

Si hoy, barriendo y todo, no se puede andar por esas calles, sin grave perjuicio para los pantalones, ¿qué no pasará mañana cuando se hayan suprimido las escobas?

Probablemente tendremos que barrer nosotros, pues el alcalde no es hombre que resuelva los conflictos con facilidad.

Cada vecino se verá entonces obligado á barrer el trozo de calle que le corresponda, y con este motivo surgirá una nueva huelga; la de las criadas.

—Julia—diremos á la nuestra.—Coge la escoba y vete á barrer la calle.

—¿La calle? Yo no he entrado en esta casa para eso.

—¡Mujer! ¡Hazlo por mí!

—¡Que no barro, ea!

—Hazlo por el buen nombre de la capital de España. Todos los días están llegando aquí príncipes y cómicas extranjeras ¿y qué dirán de nosotros?

Las criadas insistirán en su negativa y acabarán por declararse también en huelga.

Entonces tendremos los señoritos que empuñar la escoba por las mañanas y bajar á la calle.

—Adiós, vizconde. ¿Ha barrido usted ya?

—Me falta este trocito.

—¿Y la vizcondesa?

—La he dejado en la cocina limpiando un besugo.

—¿Sabe usted si durará mucho la huelga de las criadas?

—Esta tarde conferenciará con el Gobernador, una comisión de cocineras, que presentarán las bases del arreglo.

—¿Y qué piden?

—Piden, entre otras cosas, la jornada de cuatro horas y media y el derecho á suprimir los comestibles que no sean de su agrado. Por ejemplo, á una cocinera no le gusta el hígado, pues no lo guisa. Piden también que se supriman los callos por ser difíciles de limpiar y el bacalao porque huele á demonios.

—Vaya, vaya. Pues nos van á divertir.

—¡Y tanto! En mi casa estamos comiendo desde el día 20 pan mojado y queso de postre, porque nadie sabe encender la lumbre.

—Pues ahora dicen que también habrá pronto una huelga de panaderos y entonces ¡adiós, pan!

—Y en cuanto se declaren en huelga los de comestibles ¡adiós, queso!

En medio de todo, sería cosa muy divertida una huelga de criadas.

Ya me parece estar viendo al respetable Sr. Pelmazo, académico de la de Ciencias Morales y Políticas, senador electivo y vocal nato de varias comisiones, con un delantal á cuadros, de pie, ante la mesa de la cocina, haciendo picadillo.

La senadora, que es déspota y dominante, pues ella fué quien aportó al matrimonio los bienes que ahora disfrutan, entra en la cocina y dice á su esposo:

—¿Has picado la cebolla? Ya sabes que la quiero muy menudita.

—¡Que un hombre de mi linaje, descienda á estos ruines oficios! —Exclama el ilustre senador, cogiendo los fuelles y agitándolos con desesperación en el vacío.

La senadora, siempre digna, se dirige al fogón, levanta la cobertera de un puchero, lo huele, hace un gesto de enojo y metiéndole á su marido los puños por los ojos, grita:

—¡Ya has dejado que se pegue el arroz! ¡Torpe! ¡Inútil! ¡Hombre sin inteligencia!

—¡Bonifacia, por Dios, no te acalores!

—¡Parece mentira que seas académico y que te hagan vocal de comisiones! ¡Valientes asuntos vas á resolver tú!

El Sr. Pelmazo, que respeta á su mujer más que al propio Consejo de Estado, baja la cabeza y sigue picando cebolla, mientras aquélla sale de la cocina maldiciendo su suerte y asegurando que la mitad de las reputaciones en España, son completamente absurdas.

Aun á trueque de nuestra propia tranquilidad, daríamos cualquier cosa porque las criadas se declarasen en huelga.

Entonces se vería que la mayor parte de las amas de casa, que hoy blasonan de dispuestas, no sirven para maldita de Dios la cosa, ni saben freir un huevo como manda la liturgia.

¿Cómo comerían en casa de la Montánchez, primer premio del Conservatorio! ¿Qué cosas pasarían en el hogar de la inspirada poetisa, señora Xurel de Bocairente! ¿Cómo llevaría los calcetines el ilustre Sr. Percebón, esposo de la elegante dama que hoy es estrella de los salones!

Ya me parece entrar en el domicilio del ex-ministro de la corona, Sr. Calostro, durante la huelga de las criadas.

—¿Está el señor?—Preguntaremos á la señora, encargada de abrirnos la puerta.

—Pase usted, pase usted—diría la ex-ministra.

—Deseo hablarle de un asunto...

—Está muy ocupado estos días, tanto que no puede ir al Congreso ni al Círculo...

—Sí, sí, ya se le echa de menos.

—Tenga usted la bondad de esperar un ratito, ó si no, pase usted, porque quizá no pueda dejar lo que está haciendo.

Y la excelentísima señora, nos conduciría á las habitaciones interiores de la casa, donde sorprenderíamos al Sr. Calostro con los brazos arremangados y un pañuelo atado á la cabeza.

—¿Qué hace usted, excelentísimo señor—le preguntaríamos.

—Ya lo está usted viendo... Estoy fregando la loza.

LUIS TABOADA

En el tranvía, por SANCHÁ



—¿Quieres otro billetito? Anda, monín, tómallo, si te lo regalo.

—¿Qué se dice, Pepito?

—¡Mu... chas gra... cias!

Distracciones.

Un cura de un lugar, dijo á un gitano que estaba en la agonía, escucha hermano: ¿Crees que Dios, cuando se acabe el mundo, en su saber profundo,

ha de venir, con fines compasivos, á juzgar á los muertos y á los vivos?

—Sí lo creo, señor, ¿qué duda tiene?... Pero ya verá usted como no viene. Al oír la ocurrencia, soltó el trapo á reír la concurrencia de parientes y amigos, que de aquel disparate eran testigos.

El cura, sin saber lo que se hacía, por suavizar el daño que podría causar aquella burla en el gitano, que á la muerte se hallaba tan cercano, en voz solemne y con la faz severa habló de esta manera:

—¡No hay que reírse, porque bien mirado, no va el enfermo tan descaminado!

Pero ¡oh!, terror! El pobre sacerdote, que aunque muy distraído no era un zote, comprendiendo al instante la heregía

que sin pensarlo cometido había, se echó de bruces sobre el pavimento y le besó con arrepentimiento, derramando, además, llanto copioso y pidiendo clemencia á Dios piadoso.

Mas le ocurrió un suceso extraordinario también involuntario;

y fué que al inclinar su frente al suelo, por tener la sotana poco vuelo se le rasgó, por parte que no nombro, causando, es claro, general asombro.

¿Qué sucedió después? Pues poca cosa, si bien con sus ribetes de graciosa.

Que al oído le dijo una gitana:

«¡Por la Virgen del Carmen soberana levántese al instante, que si en esa postura reza más, todo lo que usted gana por delante, lo pierde por detrás!»

Los hombres distraídos pasan la vida muy comprometidos.

TOMÁS LUCEÑO

Curándome en salud...

Hace dos años que vengo siendo víctima de una persecución epistolar, que me tiene frita la sangre. No es lo peor que algunos lectores hayan imaginado que soy en París agente universal y confidencial, con obligación de responder á toda clase de cartas y dar toda clase de informes—sin cobrar el trabajo, por supuesto.—Lo peor es que no hay semana en que no tenga que pagar dos ó tres multas por cartas que no tienen el correspondiente franqueo; tal carta que viene con un solo sello de 25 céntimos, debiendo traer dos, ó con uno de 15 céntimos, cuando pesa dos de 25, aparte del peso de la lata.

Ya es un señor que me encarga un prospecto de maquinaria; ya es otro que, «confiando en la nobleza de mis sentimientos», me suplica que me entere de si D. Fulánez sigue viviendo en el Barrio Latino (!!)—sin decir calle ni número;—hace pocos días me pidieron que me enterase de si murió el barón de Hirsch, y de «si sabía leer y escribir», y esta mañana recibí de Barcelona una carta sin franqueo, preguntándome si quiero encargarme de unas bailarinas que piensan venir por la Exposición. No, señor. No quiero encargarme de bailarinas.

Esos y otros señores empiezan diciéndome que me leen y que me admiran. Pues no me lean, ni me admiren, ni me escriban cartas como esas, que empiezan por costarme unos céntimos de multa, y terminan encargándome la Biblia, como si yo no tuviera que hacer más que pasearme por París cumpliendo encargos de gentes que no conozco, y como si los coches, tranvías y ómnibus estuvieran esperándome para pasearme gratis.

La Exposición me tiene amenazado. Unas personas cuentan conmigo para servirles de guía de viajeros, y otras cuentan con que les voy á dar hospitalidad. Para alojar á todas las personas que me admiran y que esperan posada de la «nobleza de mis sentimientos», necesitaría establecer, á lo Fourier, un fansterio.

Esas gentes que vendrán á París contando conmigo, están muy expuestas á tener alojamiento en la cárcel. No siendo partidario de Exposiciones, ni de ninguna fiesta en manada, estaré el menos tiempo que pueda en la que nos amenaza para el año próximo, — y el tiempo que esté será el preciso para cumplir mi alto ministerio de borrajear cuartillas.

Sepan cuantos vieren y entendieren la presente crónica, que no sólo me he venido á vivir al campo, sino que, huyendo ya de la próxima invasión de forasteros, me he venido á vivir á un puro barranco. El pianista Gonzalo Núñez me escribió ayer:

«Tenga usted la bondad de decirme á qué horas se le puede ver y cómo se va á su casa.»

Nadie lo sabe. Yo mismo no lo sé; á tal punto, que cuando llevo al jardín me parece men-

tira. La calle no es calle, si no una carretera, llena de pedruscos y lodazales. Cuando llueve hay que pasarla en zancos. La calle es la vía férrea. Asomándose al balcón de la casa, puede uno divertirse en tirar de las barbas á los maquinistas de los 127 trenes que pasan al día. Todas las noches voy de viaje. Arreglo la maleta, bajo al andén y saco billete; todo en sueños. A veces despierto sobresaltado, porque el tren se marchó, dejándome en el andén ó en la cama.

En la calle no hay aceras, ni faroles, ni nada. Pasar la calle, es viajar en despoblado. A un lado la vía férrea, á otro lado un precipicio, en medio un bache. Para transitar por calles así, se está estudiando la navegación aérea. Los vecinos que salen de noche, se avisan con anticipación de veinticuatro horas, cada cual lleva un farol, y todos van en fila por no perderse, agarrados á una cuerda. A punto de las ocho—que es como decir:—«cuando pasa el expreso de Argenteuil», cada vecino echa la llave y el cerrojo, registra la bodega de su casa, suelta el perro, carga el revólver, y se acuesta pensando que aquella noche es la última de su vida.

Si, aun así y todo, hay gente que sigue amenazándome con venir «á admirarme», cuando yo no me admiro poco ni mucho, haré venir de Oporto un frasquito de peste bubónica, por si no basta el virus rábigo, que tengo almacenado...

LUIS BONAFoux

Aritmética conyugal.

A nuestros nuevos amores abrieron ancho conducto desengaños anteriores el orden de los factores; no altera nunca el producto. (S. M. Granés.)

Eso que dice Granés será aritmética pura, como dos y una son tres; pero no es cosa segura. Conozco un caso al revés.

En el verano pasado me lo contó un repatriado, y por ejemplo lo tomo después de haberlo *ripindo*. Vean ustedes de como.

A una cubana sin par, joven, hermosa y gentil, la condujo ante el altar un chico peninsular, factor del ferrocarril.

(Fijese bien el lector en todo lo que le digo y se enterará mejor. Ya tenemos un factor para la cuenta. Prosigo.) Se quisieron con pasión y un fruto de bendición, blanco, rubio y mantecoso,

al matrimonio dichoso llenó de satisfacción.

A poco, el destino rudo mató de un catarro agudo al factor... Y, es natural, la cubanita otro nudo le echó al lazo conyugal.

Dios el nuevo matrimonio quiso bendecir aún, y dióle por testimonio otra criatura. ¡Un demonio más obscuro que el betún!

Aquí el producto se altera, con lo que pruebo, y me alegro, mi proposición primera. ¡El otro marido era también factor, pero negro!

Vean ustedes, señores, cómo «por este conducto» que estimo de los mejores, el orden de los factores puede alterar el producto.

JOSÉ DE LASERNA

En el Retiro, por LEAL DA CAMARA



—¡Qué monada de criatura! ¡Ay; así era yo á tu edad!...

Recibos talonarios.

«Para dar y tomar parte á los amigos que juegan.»
 El que no entiende «la idioma» de los chicos de la venta, se queda, como quien dice, «casi» con la boca abierta. Cuando hay rebaja de precios en segunda y en tercera, de trenes extraordinarios que ponen para las fiestas, aparecen en las calles donde hay mayor concurrencia, unos sujetos muy raros y de mirada siniestra, que dicen al transeunte, con un cinismo que aterra:
 —¡Compro y vendo! ¡Compro y vendo!
 —¿Has oído, Timotea?
 —¡Genaro, qué hombres! parecen hombres de la Selva Negra.
 —¿Qué comprarán estos tios?
 ¿Ropas? ¿virtudes? ¿cabezas?
 Aun cuando usted me perdona, «sin agraviar á cualquiera», ¿qué compra usted y qué vende?
 —Compro billetes de vuelta para los «ferrocarriles.»
 Y, con la mosca en la oreja, da gracias el forastero y le dice á su parienta:
 —Aquí se vende hasta el aire; no hay ni un kilo de vergüenza.
 El vendedor que pregona tortas de aceite *flamencas*; el pastelero ambulante, ó sea el francés *de yema*; el enano billettero, con voz de bajo... de tierra;

la pareja misteriosa, *don Pepito y doña Tecla*; esos chicos novelistas, digo, que venden novelas, bien «de Chaves y de Dumas», ó del *Demi-monde*, á perra, «de las que *marcan* en la librería dos pesetas», todos son personas *dinas* de la *corte* madrileña; pero donde están los chicos que, en cuanto venden la prensa, la emprenden con los recibos para dar parte al que juega, no hay personaje, sacando al que por beneficencia, vende billetes del Banco bien de mil ó de quinientas, ó de cien pesetas, para darle una broma á la suegra.
 Lo de los recibos es una conquista moderna, un verdadero adelanto para evitar cosas feas; de jugar sin que nos toque de tocarle al que no juega. Así el que tiene recibo, sea varón ó doncella, puede dar y tomar parte sin que á nadie le sorprenda y sin sorprender á nadie; porque en el recibo *cuesta*. Es dar ser edad al acto, y legalizar la empresa, sociedad ó comadita.
 Lo que me dijo un gatera:
 —La cosa de los recibos es sentar jurisprudencia.

EDUARDO DE PALACIO



MAMÁ POLÍTICA.—¡Ya viene ese sinvergüenza!...
 (Dibujo de Sancho).



—Turibio, dice la señora que enganches... ¡Con que, aprisa!
 (Dibujo de Santana).

Palique.

Se ha publicado el Almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, más lujoso y elegante que nunca. Por lo que toca al primer tipográfico y á la limpieza y corrección de los grabados, hay que acordarse del *Figaro Ilustrado* para encontrar algo semejante, no superior.

En el texto—excluyéndome á mí y á otros pocos—figuran firmas de las más acreditadas... pero ¡qué tristeza da pensar en las que faltan, por culpa de la muerte ó de otras causas, si no tanto, muy lamentables! Colaboradores asiduos del *Almanaque* solían ser Castelar, Vidart. ¡Ya no existen! Campoamor, ¡ya no escribiste! Y Valera... se siente cansado á veces; y eso que es un atleta de la pluma.—¿Y Núñez de Arce? ¡Cuánto tiempo hace que Núñez de Arce no da cuenta de sí! ¿Qué le pasa? Manuel del Palacio no falta; pero esta vez escribe en prosa.

Nos queda Ferrari que canta... á una campana, que no es precisamente la de Schiller.

Como un *monstruo* de bronce
 sujeta entre pilares,
 y descubriendo, *hinchada*
 la oquedad de su vientre *formidable*,
 en lo alto de la torre
 que la *sirve de cárcel*
 la *colosal* campana
 cuelga del *resistente* maderamen.

Pido la palabra para rectificar.

¿Por qué ha de parecer un monstruo una campana?

Es monstruo lo que se separa de las formas y condiciones naturales en su género; una campana que es grande, pero es campana, no es un monstruo. En la industria humana no hay monstruos.

Tampoco admito que sea vientre de una campana lo que Ferrari llama así; y mucho menos que una campana esté hinchada.

¿Y formidable? ¿Por qué ha de ser formidable la oquedad de la campana? Formidable es lo que da miedo. ¿Y á quién infunde miedo la concavidad de una campana?

La torre no sirve de cárcel á la campana. La campana está en la torre como el pez en el agua. ¿Dónde iría la campana que más valiera? ¿Se imagina Ferrari una campana en libertad? No hay tal cárcel.

«El *resistente* maderamen», Resistente es lo menos que puede ser el maderamen, palabra no muy práctica,

Tampoco hay campanas colosales.

Por muy grande que sea una campana, no es colosal.

Porque es colosal lo que representa un objeto en tamaño que excede al natural. ¿Cuál es el tamaño natural de las campanas?

Después resulta que la campana habla desde el cielo á los mortales.

Muy cerca tiene el cielo el Sr. Ferrari: en una torre. Casi, casi se puede coger el cielo con las manos.

Y resulta que, al sonar la campana, caen ancianos y mujeres desmayados por las calles.

Y para evitar tanto estropicio, le hicieron a la campana una hendidura.

Y ahora viene el *simbolo*. Según Ferrari,

Mirándola el curioso
viajero de una tarde,

¿Viajero de una tarde? No lo entiendo.

veía allí el emblema
de todos los destinos inmortales.

Porque, según el poeta, el alma del genio libre y grande tiene que vaciarse en la carne rota y destemplada, para que su voz no anonade a los hombres.

No comprendo un alma rota, ni sé porqué había de anonadar a los hombres la voz del genio sin hendidura.

Pero, en fin, Dios sobre todo.

Bremón publica en el Almanaque un cuento en que se trata de un señor que sabe maullar y que entiende a los gatos.

No digo que no, pero lo que siento, es que un escritor tan correcto como Bremón suele serlo, nos diga *me bufó*.

Bufar es verbo neutro; y decir *me bufó*, es como decir *me estornudó* ó *me nació*.

Que no vuelva a suceder.

Si los que saben escribir escriben mal, ¿qué van a hacer los *libertarios* de la lengua?

El Sr. Casero, en el mismo Almanaque, insiste en cultivar el género López Silva.

Y no ve Casero, que sólo Silva es Silva, y que los que le imitan, van por Silva a la silba.

A la *silba* obscura.

Se ha publicado el nuevo Diccionario de la Academia, que por cierto es la décima tercera edición.

Ahora todo es trece; el Rey, el Papa y el Diccionario.

En el prólogo de la edición anterior, la Academia faltaba varias veces a las reglas de su propia gramática; y ahora, para evitar habla-



—Pónmelo en cuenta, que me he dejado el dinero en el otro chaleco.
—(A otro perro con ese hueso).
(Dibujo de Santana).

durias, ha prescindido del prólogo. Le basta con una breve advertencia, en que dá las gracias a dos caballeros particulares y declara que ha corregido algunas erratas rectificando definiciones y etimologías. Eso ya lo veremos.

Como ahora no hay más que género chico y Cámaras de comercio, y *libertarios* del idioma, la nueva edición del Diccionario no ha llamado la atención pública; pero bien lo merece.

Yo todavía no tengo el libro a mi disposición; pero pienso examinarlo, para ver si la Academia ha tenido en cuenta ó no las observaciones que se le han hecho con razón, aunque fuera la forma poco amable.

Sería bueno que, por ejemplo, la Academia no hubiera tenido en cuenta las rectificaciones de Valbuena (muchas de las cuales eran de evidente verdad, justísimas), sólo por ser de quien eran y por haber ido envueltas en palabras gordas.

Pero también tendría gracia que la Academia se hubiera aprovechado de las lecciones de *D. Venancio González...* después de haberle despreciado y maltratado, tantos académicos.

En fin, ello dirá.

El asunto se presta a varios paliques.

Los Hidalgos se titula el último libro de mi amigo el joven escritor Martínez Ruiz.

Es un estudio substancioso, de crítica muy documentada y de amorosas descripciones, lleno de ideas y de noticias... y de color.

Martínez Ruiz empezó por ser un *enfant terrible* y después se fué convirtiendo en un literato concienzudo y de los pocos que estudian de veras.

Otros ahorcan los libros y se meten a predicar *libertariamente*.

Martínez Ruiz, de veras, se fué del púlpito a la biblioteca. Dejémosle en paz. Que estudie, que estudie.

Respetemos el culto de esa especie de *oración* perpetua.

En España la vida del verdadero estudiante, es vida *monástica*, en la rigurosa acepción de la palabra...

Pero ¿qué ruido es ese?

Nada; los estudiantes de Barcelona que rompen cristales.

¿Por qué? ¿Quiéren algún concierto económico?

No; piden un *separatismo*.

Quiéren *separarse* de la cátedra hasta que pase la Epifanía. Después de Reyes volverán a la Universidad, para ir concertando otro motivo que les facilite y adelante las vacaciones del Carnaval.

Así se ganan la borla de doctor en España, muchos que después son legisladores y hombres de gobierno y dan cargas de caballería a los estudiantes.

¡Ay! si; los que en España estudian de veras, como Martínez Ruiz, son verdaderos *monjes*.

Es decir, solitarios.



Roberto Delétang '55

EN FORNOS.—El más popular y asiduo concurrente de última hora. (Dibujo de R. Delétang).